

LIVIO RAMÍREZ

*Selección y nota introductoria de*  
MARCO ANTONIO CAMPOS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2012

## ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA, *MARCO ANTONIO CAMPOS* 3

ARDE COMO FIERA (1972) 11

DESCENDIENTES DEL FUEGO (1987) 17

ESCRITO SOBRE EL AMANECER (1990) 21

## NOTA INTRODUCTORIA

Llegó una noche del verano de 1969 al taller de poesía que coordinaba Juan Bañuelos en el piso décimo de la Rectoría de la UNAM. Era hondureño y estudiaba Derecho. Lo acompañaba, como lo acompañó por años, “la suavísima Alejandra”. El Rector era Javier Barros Sierra, dirigía Difusión Cultural Gastón García Cantú y Margo Glantz coordinaba revista, talleres y premios estudiantiles de *Punto de Partida*. En aquel taller, uno de los primeros antes de que empezaran a proliferar por toda la República, eran los más constantes Héctor Olea, Víctor Manuel Toledo, Eduardo Santos y Alejandro Cendejas, pero giraba una innumerable población flotante, que no volvía en ocasiones por las devastadoras críticas, especialmente de Olea.

Un año después llegaron para quedarse Orlando Guillén y Juan José Oliver. Venían en ocasiones David Huerta, Mariano Flores Castro, Mario del Valle, Antonio Delgado y Agustín Monsreal.

Aquella primera vez Livio nos impresionó doblemente: por sus poemas, plenos de ímpetu a la vez de una contención seca, y por la certeza de sus juicios. Él fue la inteligencia de aquel grupo inestable. Aunque después su presencia fue habitual en las caóticas sesiones, apenas leía uno que otro poema, pero no dejaba de prometerlos.

Leí entonces su poemario *Yo, nosotros*, y la impresión fue profunda. Este poemario, corregido y aumentado, lo incluiría en el primer libro colectivo de las ediciones de Punto de Partida, *Noticias contradictorias*, que publicó Eugenia Revueltas, quien había sustituido a Margo Glantz, en 1972. Los otros poetas en el libro éramos Juan José Oliver, Orlando Guillén y yo. El prólogo lo redactó Juan Bañuelos, quien fue importante para todos.

Fuimos grandes amigos en aquellos años entre el 1969 y el 1972. (Él regresó a Honduras a fines del 1972.) Ambos estudiábamos Derecho en la UNAM.

Nos repugnaba con entera justicia —para decirlo jurídicamente— la Facultad: profesores tracaleros que empañaban la imagen de otros admirables, la masa de aspirantes a licenciados trastupijes. Que llegarían a ser dueños de pequeños e infinitos ardidés y triquiñuelas. Nos formulábamos un puñado de preguntas. Pero ¿por qué no cerraban la Facultad un tiempo? ¿Qué hacer y para qué con tantos abogados? ¿Qué caso tiene estudiar Derecho en un país en el que apenas existe? ¿Por qué una recomendación *política* modifica una decisión jurídica? ¿Qué importancia real tienen los poderes legislativo y judicial? ¿Qué acaso todos los miembros del aparato jurídico son empleados de distinta categoría del Presidente de la República? Livio terminó lo más pronto que pudo y volvió a su país, como dije, en el 1972.

Contadas veces volví a verlo, y siempre en ciudad de México en sus viajes rápidos: en 1973, en 1979 y en 1990. Nunca cruzamos una carta. En sus dos primeros pasos no dejó de sorprenderme que no publicara un libro. Sólo aquí y allá algunos poemas. Siempre se exigió mucho.

Livio fue quizá el poeta más lúcido de mi generación que conocí en aquellos años. Eran notables su capacidad de exposición y de síntesis. Tenía dos pasiones: la poesía y la política, y deben seguir siéndolo. Aunque no era disciplinado, era muy buen lector, y sabía leer a los mejores, sacarles el íntimo jugo y encontrarles ángulos que no eran fáciles ver. Es una desdicha que no se impusiera la disciplina del ensayo.

Nuestros gustos e influencias, en algunos casos, fueron semejantes: César Vallejo (sin duda el dios fundamental), Pablo Neruda, T.S. Eliot, Ezra Pound, Walt Whitman, Jorge Luis Borges, Octavio Paz (él admiraba al poeta, yo al ensayista). Me parece que Rimbaud, a quien le dedica aun un poema, fue no una lectura, pero sí un estudio posterior. Por él leí más atentamente a Albert Camus, a Jean Paul Sartre, a Bertrand Russell, a Max Weber, a Norberto Bobbio. El Che Guevara —una de las figuras más puras y trágicas, con Mariátegui, de la izquierda latinoamericana—

na— era nuestro modelo continental del hombre teórico y de acción. Lo más fácil para nosotros entonces era cambiar el mundo.

Al revisar *Arde como fiera* vuelvo a sentir hermanos una violencia verbal, tensa como un cable cruzado sobre el abismo, un grito cristiano entre la infancia, la muerte y la nada. No era un vendaval que arrasaba todo, como en los casos de Jaime Reyes y Orlando Guillén, que se imponen para bien por la velocidad y la fuerza; era una impetuosidad salvajemente controlada.

Quizá porque está olvidado en un libro olvidado y entre otros poetas, *Arde como fiera* ha merecido entre nosotros escasa atención, si escasa no es ya una hipóbole. Es un poemario, o mejor dicho, un poema impresionante, estremecedor, que tiene, como contraste, momentos de delicadeza dulcísima. En Livio han gritado llorando los extremos. Imposible quitarle versos a los poemas. Sería como arrancarle un mínimo trozo a un cable de alta tensión.

Nombré a César Vallejo; como él, Ramírez Lozano buscó la honda dimensión del hombre y de los hombres. Los suyos son también ante todo poemas humanos, y simultáneamente contienen una hondura religiosa del que ve en el sufrimiento personal y en el de los otros, la representación descarnada de Cristo. No en balde, el notable vallejista Américo Ferrari anotó que un motivo axial en él era “la lealtad a la vida y a lo que de humano hay en el hombre”. Quizá uno de sus poemas más representativos de lo antedicho sea aquél que uno de los versos da título al libro:

Qué importa  
esta cara de mártir barato  
la inútil personal  
cabrona muerte  
huyo de mi posible santidad  
quemamos el templo  
que mi propio dolor construye  
corro sobre mis huesos  
hasta llegar aquí  
donde el dolor de todos

arde como fiera  
como mar brutalmente humano

No hay casi pieza en él que no nazca de una situación y de una emoción profundamente auténticas. Quizá por eso ha escrito poco. Enfrente críticamente al lenguaje, o se ocupe de hechos políticos, o haga arder instantes eróticos, o recuerde al padre, o piense en sus hijos, impugne a las ciudades, cree personajes de difícil ubicación, o lo devore el demonio del pasado, sus poemas tienen una raíz humana y crecen como árboles. Señorean en él la furia ardiente, los afectos abismales, el desprecio duro, la piedad desclavada, el dolor que crucifica lenta, firmemente. No es gratuito que los adjetivos y sustantivos más habituales en su lenguaje sean, por casos, animal, brutal, feroz, fantasma, fuego, rabioso, abominable, espantosamente...

Hablamos ya del motivo destacado de su poesía: el cristiano anhelo de que al hablar de él o de los otros todos se conozcan y reconozcan en un cielo humano. Autor de una obra escasa, no deja de sorprender que en sus poemas abunden las composiciones que tienen como nudo maestro a la palabra y al lenguaje. Ramírez Lozano desconfió siempre del acto de escribir y de la poesía numerosa. Así, en diversas piezas vemos que hay el temor de que la palabra se “rompa a mitad del vuelo”, o hay la ciega busca de la unión de poesía y vida, o la convicción de que la poesía siempre se “irá cantando” y debe escribirse con sangre contra todo y todos. Aun en el segundo libro (*Descendientes del fuego*, 1987), que es un amplio poema amoroso, comprende en algún momento que el lenguaje no sirve ante el desgarramiento de la separación de los amantes (“Las palabras”): “Hoy no bastan./Las rompo./Las arrojo al vacío./ Yo sangro: no me sirven”. En el último libro encontramos varios poemas sobre el tema, pero una preocupación sobresale: que poesía y vida se unan indestructiblemente. El texto central, uno de los mejores que ha escrito y que da título al volumen, “Escrito sobre el amanecer”, es un poema creado y formado entre dos océanos: entre Europa y

América Latina, entre Madrid y Tegucigalpa, entre el falso sueño de la gran civilización y la realidad descarnada que es la nuestra y nos pertenece. Es la lucha a muerte con el lenguaje para que las palabras salgan gritando y se reconozcan en una sola llaga poesía y vida. Por eso, como señala el poeta y crítico hondureño José Luis Quezada, tomando un verso de él, el poema es un “texto de aullidos” y las hojas en que se escribe son “campos de batalla”. En cuatro de los últimos poemas del libro vuelve a desesperarse esta voluntad ciega por conjuntar poeta y hombre, poesía y vida (“Contrasoneto”, “Las palabras”, “Lección”, “Mesa de trabajo”). Y oímos entonces como un puño que golpea la pared: “Escribo con la vida crispada, la definiendo/ con todo cuanto puedo”. O: “Qué proyectos, Dios mío: poner la luz del sol en los poemas./ Hacer que la existencia fuera una con la letra”. Que ardan y canten el universo y la historia y la vida y el hombre en la poesía para que el otro cielo y el verdadero no nos sea desconocido de cara a la tierra y frente al sol.

Livio, en aquellos años finales de los sesenta, hablaba a menudo de una dichosa niñez, donde la figura noble del padre, presidía la casa, los juegos y los sueños. Hay un asunto que vuelve repentinamente a sus poemas: una bella niñez asesinada. En estos poemas habla consigo mismo o simula hablar con un niño, acaso quien él fue. Una pieza que especialmente nos conmovía a aquel inestable grupo era ésta:

Tengo ahora  
nostalgia de yo mismo  
y me quedo sin tiempo  
en niño antiguo  
y de verdad el pájaro es el pájaro  
y un caballo de amor  
el aire tiene  
son las tres de la tarde  
está lloviendo  
mi padre habla del mar  
siento los peces  
mil novecientos livio

y era entonces  
un cielo mío  
vivo  
ciertamente

En dos breves composiciones del último libro se duele por aquel “mundo sagrado” que acabaron los perros. No una infancia rota, sino arrasada por no se sabe quiénes ni cómo: un edén arrancado brutalmente. En todo ello la figura del padre —como en la poesía de su compatriota Roberto Sosa— es pura y central en la vida y el recuerdo. Una de las líricas más sinceramente abiertas y desgarradas —no sin ecos y penumbras de la estremecedora elegía de Jaime Sabines está dedicada a su padre y parece arrancada al grito—.

Salvo en una pieza, la mujer no aparece en su primer poemario; su siguiente libro, en cambio (*Descendientes del fuego*), es la crónica de una pasión amorosa. Está dividido en tres secciones que podrían resumirse a grandes perfiles de este modo: la revelación del cuerpo de la mujer y la iluminación de los amantes, la estabilidad del fuego y el paulatino y desolador estrago. Se inicia con la alegría de estar al lado de una hermosa mujer, cuyo cuerpo es una “marea de los cinco sentidos”, se llega luego a una estabilidad ardiente en donde ya aparecen sombras y dudas, y acaba en los días dolorosamente amargos y rabiosamente tristes del desamor despiadado y la soledad avasalladora. Lleno de imágenes deslumbrantes y en movimiento —como el paso en oro y negro del tigre— termina con imágenes desgarradas y brutales, como zarpazos de un tigre herido. Desde que dice:

A fuego lento  
ardes  
para que yo te encuentre  
tendida  
extendida  
eres la tierra abierta

Hasta la conciencia de la indefensión:  
Quisieras arrancarte la derrota,

escribir, aunque fuera de golpe,  
a manotazos,  
esto que te desgarras en forma inevitable  
No puedes: imposible.  
El rayo del desamor,  
el lento rayo  
te ha partido las manos.

¿Pero son otra cosa —desde el despertar asombrado del amor hasta la hora de los cuchillos— los cármes de Catulo y las elegías de Propertio, donde se conocen el amor y el sueño y el llanto y el odio y la incapacidad de respuesta? Y en otra dirección, en el sentido de crónica de un amor desdichado que acaba con la muerte, ¿son otra cosa la *Vita Nuova* o las églogas de Garcilaso? Casi todos conocen una vez, al menos, una pasión desdichada.

Algunas ciudades aparecen en la poesía de Livio como fondo y ocasionalmente como tema: Tegucigalpa, ciudad de México, Madrid, y su visión común es de fealdad o desmoronamiento, en instantes casi apocalíptica. En él, sin embargo, más importante que una ciudad concreta y con nombre propio, hay el anhelo de una ciudad única que sería la ciudad del hombre: una y para todos. La muerte era un tema obsesivo en su primera estación lírica; se volvió después la negación del grito: había que afirmar la vida contra lo que fuese. Por eso el último poema de su último libro (*Escrito sobre el amanecer*) se llama “Buenos días” y es un poema de reconciliación. La batalla bajo el sol y de cara a la tierra por más de cuarenta años ha sido constante y dura. Se está un poco cansado, pero se está bien así. Buenos días a todos y a todo: a la mañana con espaldas de muchacha, a las cosas diarias, al viento, a los edificios, a los obreros, a los árboles, a las plazas, a la luz, al “cielo donde el verano ha colgado sus armas”. Han quedado exorcizados, al menos por un tiempo, fantasmas y demonios con los que se ha combatido a muerte: la poesía y el ángel, el tiempo y su río, Dios y su profunda ausencia que domina, la vida y sus regresos, la muerte y sus regresos. Ha sido enorme el esfuerzo. Buenos días a

todos. Regreso al mundo con ustedes de donde nunca me he ido. Y nosotros respondemos el saludo. Lo hemos leído y oído por más de veinte años a través de las voces y los gritos de sus versos que son las voces y los gritos del alma. Un poeta hermano y del alma. Buenos días. Buenos días a todos. Buenos días a un poeta, a un verdadero poeta.

MARCO ANTONIO CAMPOS

Livio Ramírez Nació en Olanchito, Honduras, en 1943. Académico de la lengua fue Director General de Cultura, Ministerio de Cultura y Turismo. Ha trabajado en el Servicio Diplomático en España y Suiza. Sus obras principales: *Sangre y estrellas*, 1962. *Yo, nosotros*, 1969. *Noticias contradictorias*, 1972. *Arde como fiera*, 1972. Obtuvo el premio Platero de Poesía (1980), otorgado por el Club del Libro Español de las Naciones Unidas; Premio Nacional de Literatura 2000; Premio Nacional de Letras José Trinidad Reyes 2002. En la UNAM presentó al premio Nobel de Literatura Pablo Neruda y al poeta Nicolás Guillén en actos de homenaje a los mismos.

ARDE COMO FIERA (1972)

Palabra  
no me traiciones  
no te me rompas a mitad del vuelo  
prefiero que me enseñes  
la forma de matarte  
si no me das el hijo que yo quiero

\*

Qué importa  
esta cara de mártir barato  
la inútil personal  
cabrona muerte  
huyo de mi posible santidad  
quemo el templo  
que mi propio dolor construye  
corro sobre mis huesos  
hasta llegar aquí  
donde el dolor de todos  
arde como fiera  
como mar brutalmente humano

\*

Muerdo mi propia sangre  
diariamente  
cada instante  
pregunto a mis verdades  
me escucho  
con profunda desconfianza  
toco a muerte  
el íntimo tambor  
a ver si no se rompe  
con mi nombre  
llamado traidor  
al ojo  
si no llega al subsuelo de la imagen

practico la acrobacia del yo mismo  
en el fondo la vida es cuestión de saltos mortales

\*

Por ejemplo esta tarde  
podría meterme en mi gabardina  
como dentro de una muerte  
perfectamente diseñada  
y andar y andar por las calles  
resolviendo con oficio de fantasma  
algunos crucigramas  
que la soledad nos impone  
o podría imitar  
la bellísima libertad  
de los perros sin dueño  
pero uno  
hay que aceptarlo  
va teniendo reservas con el viento  
lo importante sería  
echar parejas con los relojes  
tener un hambre de ciudades en las plantas  
que los pies amaran toda la tierra  
habría —pienso—  
que enterrar la parte conservadora del pellejo  
y desarrollar como locos auténticos  
esta piel capaz, de crear su propia luz  
y de verdad  
que este crecer del hombre  
y no hablo de sus huesos  
es este viejo y nunca resuelto  
problema de las dos pieles  
yo pienso largamente en estas cosas  
hablo con los demás  
para saber si se trata  
de una locura pública o privada  
y me da algunas veces  
un oceánico gusto  
reconocer  
ciertas familiaridades fantásticas  
cierta identidad de insomnio

alguna sed increíblemente igual  
les digo que podría echarme llave  
y gabardina adentro  
dejar que el corazón hiciera cuentas  
y seguiría vagando  
soñando abiertamente  
y haciendo castillos y castillos  
y castillos  
hasta demostrar que el asesino no es el viento

\*

Tengo ahora  
nostalgia de yo mismo  
y me quedo sin tiempo  
en niño antiguo  
y de verdad el pájaro es el pájaro  
y un caballo de amor  
el aire tiene  
son las tres de la tarde  
está lloviendo  
mi padre habla del mar  
siento los peces  
mil novecientos livio  
y era entonces  
un cielo mío  
vivo  
ciertamente

\*

Niño  
el mundo y tus ojos se aman  
vuelan hacia tu nombre mil puñales  
no miras en el aire  
las vivas avenidas que hace el llanto  
cómo decirte niño  
que hay un tigre envenenado y ciego  
que te anda buscando  
sueña niño sueña  
sueña

mientras a nosotros  
la muerte nos anuda la corbata

\*

Ése era el rostro  
el aire no podía  
multiplicar su imagen  
entre él y los espejos  
las relaciones eran naturales  
si alguna vez  
la muerte quiso escribirle algo  
su fiesta de raíz  
su cielo celular  
rompieron bellamente  
la gris caligrafía  
tirada por fantasmas  
recuerdo algunas cosas  
dos lagos diminutos  
donde dormían peces y muchachas  
de la boca salían  
casi indistintamente  
pájaros y palabras  
tambor de Dios  
antiguo río de ángeles  
la lengua era un castillo tiernamente cerrado  
recuerdo algunas cosas  
el tiempo  
es un caballo  
que bebe y bebe imágenes  
tren con sed de nosotros  
va apagando distancias  
y la memoria como siempre y siempre  
se va entregando al amarillo viejo  
hasta que las fotografías nos traicionan  
pero así eran las cosas  
más o menos éste es el rostro  
el otro no lo encuentro

\*

Hay hombres de callado apocalipsis  
su tiempo es una lenta navaja de semanas  
aman un aire muerto  
y unas veces  
se puede ver sobre sus ojos rotos  
una enorme niñez asesinada

\*

Empezaré diciendo  
dos fantasmas  
viven en la ciudad  
por separado  
exactamente sólo dos fantasmas  
hablan de amor  
miran pasar la vida  
y a veces  
hasta cantan  
algo implacable los une  
dos ríos son  
y a la hora señalada  
se tiran con sus siglos en la cama  
no queda ni una gota de ellos mismos  
se mueren tiernamente en la batalla  
hacen otro universo en un instante  
después  
les da miedo  
pavor  
su propia ropa  
ponerse el nombre  
todo su fantasma

De  
mi  
ciudad  
recuerdo  
sobre todo  
un reloj  
donde  
la muerte  
le

habla  
a sus habitantes  
con aterradora  
exactitud  
desde  
siempre

DESCENDIENTES DEL FUEGO (1987)

4

Es el verano que ama el cuerpo de la noche  
sonríes  
    con dulcísimos relámpagos  
el sol sueña extendidos  
                    sobre tus hombros de cristal  
estás viva      estás viva  
es humana la luz  
                    el tiempo te obedece  
    en tu rostro resplandece mi vida  
bajo mis manos creces  
    tu esplendor te desborda  
la estación cabe entre tus pechos  
fiera de insomnio:  
                    el mar vigila  
                            el curso de tu sueño  
todo el fulgor del día mana de tus cabellos

6

*Alquimia del amante*

Cubierta por mis ojos  
duermes sobre la noche.  
Yace,  
palpita el astro de tu cuerpo:  
tendido está el relámpago  
fijo,  
sin movimiento.  
En tus ojos cerrados  
se madura la luz.  
Sobre tus labios entreabiertos brilla  
la más bella palabra:  
cascada de ti misma,

surtidos de silencio:  
maravilloso abismo tu boca que contemplo.

Olvidando su nombre  
casi no fluye el tiempo.  
Es un ramaje de oro  
en las manos de un ciego.

8

Ven  
No hables  
No despiertes tu voz de lluvia o música  
Ven con tus labios vivos  
Ven con la boca plena de pájaros y besos.

Rostro forjado en las profundidades de un astro  
Ojos casi imposibles al borde del destello.

Ven sólo con tus labios de espuma y de condena.

10

### *Habitación*

Creando otro tiempo,  
amor, creando otro espacio,  
iguales y distintos,  
inventándonos,  
bebiendo uno del otro,  
nos hemos devorado,  
adentro del relámpago.

12

Ésta es la ciudad donde se aman:  
un río derrotado  
puentes que unen la muerte con la muerte  
la bestia de mil caras  
cuyo ojo es una llaga que odia al mar  
Ultrajados y largos  
son sus días  
limita aquí el amor con alimañas

15

La luz escribe tigres  
nada duerme en los ojos del día  
los amantes se besan entre nubes  
la orden del verano es vivir

19

Donde hubo amor  
Hoy quedan sólo cisnes de pus. Estos lugares  
muerden.  
Me largo de este sitio.  
La memoria es un pozo de serpientes.

20

Bajo un cerrado mar de alas quebradas,  
con un inmenso peso  
atado al cuerpo,

yace ese amor.

Ruinas. Amargas ruinas:

destrucciones

que duele ver.

Vencidas,

arrasadas nuestras huellas.

Únicamente en pie,

sobreviviendo:

el árbol del que caen cicatrices.

ESCRITO SOBRE EL AMANECER (1990)

ESCRITO SOBRE EL AMANECER

*A mis hijos  
Francisco José y  
Livio César*

*“Amado mundo podrido”  
“País asesinado”*

Cavando en las palabras.  
Metido en ellas como si fueran minas,  
pozos peligrosísimos,  
arenas movedizas  
donde espero encontrarme,  
hincándoles el diente  
con voluntad animal,  
arrancándomelas de la boca  
como algas abominables,  
abriéndolas en dos,  
enterrándolas,  
reviviéndolas a golpes de poesía,  
a puntapiés que doy con el corazón;  
metido en las palabras  
miro mis armas fatigadas:

El cansancio explicable  
de mis instrumentos de trabajo:

Un ojo encendido,  
una mano reventada de mundo,  
explosionada por vivir.  
Mi tacto de elefante.  
Esta selva sanguínea de papeles,  
las hojas que son campos de batalla.

Mirando el curso de mis días,

hoy me he detenido a estallar,  
a crecer duramente  
entre reglas de juego.  
A mis espaldas ruge Madrid.

Veo su cielo aún invicto entre la polución  
y el veneno de los anuncios luminosos.

Está a punto de hundirse  
sobre el amanecer.  
Tengo un poco de fiebre.  
(Casi es nada, me digo,  
con la amabilidad de un fantasma.)

Y escribo:  
¿Cuántos puños convergen en mi mano?  
¿cuántas voces confluyen  
en mi monólogo feroz?

Quiero fundir la vida y las palabras.  
Apresar sus raíces, aquí,  
bajo este océano  
donde no hay más que insomnio

Escribo:  
No sé si hago una autopsia,  
o giro en la borrasca de un gran autorretrato,  
o combato en un óleo de todos o de nadie.

Sueño activamente  
como una piedra que se incendia de júbilo  
a pleno mediodía.  
En mis manos dan saltos las imágenes.  
La realidad del mundo es mi realidad,

pero no consigo escribir  
mi profunda verdad animal,  
la tempestad que arrecia aquí mis sienes.

Escribo: Montañas de palabras:  
grandes bloques  
que quiero desbistar.

Silencios que me esperan  
en mi taller de lunas enrabiadas.  
Trabajo en mi caverna civil atropellada:  
Me fantasma. Me enguero.

Vibra el mundo en mi mesa de trabajo.

El invierno golpea las puertas de Europa.  
Oigo sus largos pasos sobre el asfalto.

El país tiembla de acontecimientos:

Huelga en el metro.  
Huelga de ciegos en La Puerta del Sol  
y su pancarta que me rompe el alma:  
Los ciegos españoles  
no somos españoles ciegos.  
Dos millones de obreros paran la construcción.  
Los exiliados vuelven.  
He aquí que han regresado  
PEDRO ROJAS, DOLORES,  
RAFAEL, JUANA VÁZQUEZ:  
No cabe el pecho en el pecho.  
La ciudad hace trizas su mortaja.  
Miro las avenidas colear como cometas.  
El día es un gran lienzo de Picasso.

Escribo:

Estoy solo a la orilla de estos textos.

¿Qué precipicio he de cruzar?

¿Quién soy en esta incadencia total?

¿Quién ordena el asalto del fulgor?

¿Quién ha muerto esta noche  
sobre mis páginas?

¿Cuándo colocaré la última piedra  
de esta casa agitada y visceral?

Digo que la poesía

es el único documento personal que poseo.

Carezco de otro medio de identidad.

Digo que eres mi centro enllamarado.

Mi código de fuego.

Mi texto de aullidos.

Explosión queridísima donde escucho la vida

Arma para vivir.

Digo que eres

mi atigrada columna que fluye.

Árbol de guerra. Árbol que embiste y aletea.

Sol absoluto, nuestro, que devoras los ojos  
para poder seguirte.

Largo río de fuegos

donde al verme contemplo y soy la multitud.

Lava donde sí corre mi verdadera imagen.

Lectura y escritura de uno mismo

Eres el resplandor que emana

de esta hondonada.

Efulgencia invencible de las entrañas.

Domicilio de toda nuestra rabia.

Quiero escribir la vida de golpe.  
Quiero que griten mis amigos muertos  
que salgan de la tierra,  
puros, como relámpagos.  
“Quiero escribir pero me sale espuma”  
Así es César Vallejo,  
pero me salen los asesinados  
y más espuma  
y mas asesinados  
y más país de muerte atravesado.

¿Y el lenguaje vivísimo que no puede  
[escribirse?  
¿Y todas las palabras que se niegan a ser  
[sólo palabras?

¿Y la canción total?  
Sueño con páginas  
realmente viscerales,  
sueño escribir un libro huracanado,  
algo como un zarpazo.  
Sueño con un canto de actos  
que no me necesite  
y salga al mundo,  
y viva  
igual que un gavián de ojos metálicos.

Es tarde.  
El amanecer se aproxima  
como un jaguar.  
Los obreros comienzan  
a levantar el día.

A estas horas  
la soledad acaricia mi cabeza.  
Su mano es áspera,  
aunque percibo  
algo muy parecido a la piedad,  
pero mi ojo es materia en combustión:  
Llama.  
Dardo que fluye.  
Hoguera casi triste.

Queridos, detestables vecinos  
de este edificio  
donde aún leo la post-guerra:  
Mañana seremos nuevamente  
las piezas  
que la gran máquina exige  
Mañana habrá que llegar puntuales  
a los respectivos mataderos.  
Que descanses Madrid, reposa  
estás rendido.

Buenas noches América.  
Atlántico que me unes y me separas.  
Buenas noches país descuartizado.  
Patria vencida en el mercado negro.  
Ciudad que trituraste mis sueños  
y mis nervios.  
Barrio desdibujado,  
patio de Nina Lincho,  
casa donde nací.  
Apartamentos, cuartos:  
Increíbles cavernas donde he vivido.  
Sepulcro de mi padre.  
Ferocísimo amor que me consumes.  
Estoy solo, impotente

ante los estallidos  
de mi propia memoria.  
Es como si un animal salvaje  
revoloteara en mi sangre.  
Como si un clavicordio  
rodara en mis entrañas.

Hasta mañana  
seres humanos.  
Que descanses  
casa degenerada:  
planeta que debieras nacer de nuevo.  
Hasta mañana, ciudad,  
ciudades.  
Buenas noches  
Amado mundo podrido.

*Livio Ramírez*, Material de Lectura, Serie Poesía Moderna, núm.  
164 de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.  
Cuidado de la edición: Laura González Duran.  
Dibujo de la portada: Fénido Castillo